

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

Sentido Común, Vacunas y Homeopatía (segunda parte)

Queridos todos:

Continuamos las interesantes reflexiones de la evolución de la ciencia médica para entender mejor varias cosas, entre ellas la extraordinaria revolución de la Homeopatía.

Como dice un antiguo proverbio: “la verdad no es de quien la descubre, sino de quien la demuestra”, y esto es lo absolutamente adecuado a lo que quiero exponer a continuación.

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

El 14 de mayo de 1796, Edward Jenner probó su hipótesis de que las mujeres dedicadas a la ordeñanza de las vacas eran resistentes a la viruela por estar en contacto con el virus de la viruela bovina (enfermedad similar a la viruela humana, pero mucho menos agresiva). Lo que que el científico inglés hizo fue inocular al hijo de su jardinero, James Phipps, un niño de ocho años, el pus obtenido de las ampollas de las manos de Sarah Nelmes, una lechera infectada de la viruela vacuna por una vaca llamada Blossom (cuya piel cuelga actualmente en la pared de la biblioteca de la Escuela de Medicina de San Jorge, al sur de Londres). Phipps fue el decimoséptimo caso descrito en el primer artículo de Jenner sobre vacunación. Como Donald Hopkins señala, “la contribución principal de Jenner no fue que inoculó a algunas personas con la vacuna, sino que después demostró que eran inmunes a la viruela”.

Esto era un hecho innegable. Sin embargo, lo que quedaba completamente fuera de toda comprensión y sin ninguna explicación científica era la razón del porqué y cómo se podía repetir y extender la experiencia para que fuese científicamente útil. Era inexplicable algo evidente, anunciado ya por Hipócrates cuando afirmaba que “los remedios que producen nicturia curan la nicturia”. Es decir, el primer enunciado de la eficacia terapéutica de la similitud, todavía no probada, pero descubierta. El reconocimiento de un hecho no probado ni comprendido, pero constatado. Quedaba sin comprender y sin demostrar un hecho evidente.

Es decir, algo así como: “el Sol es bueno, el Sol da calor... pero, ¿qué más? ¿Cómo me puedo beneficiar de esto?”. Descubrirlo y organizarlo, es lo que llamamos ciencia.

Hasta la fecha, la aplicación de las vacunas elaboradas por la farmacología oficial adolece del mismo problema: no son el resultado de una experimentación guiada y controlada, a partir de la cual se conoce el cómo y el porqué de la respuesta de la totalidad de un organismo. No obstante todos los estudios realizados, por interesantes y sorprendentes que sean —y desde el punto de vista relacionado con la obtención de la respuesta necesaria de la curación—, está claro el uso inadecuado porque no se considera la diferencia entre la reacción primaria y la reacción secundaria que elaborará el terreno donde se aplican: **el organismo, inevitablemente personal e individual de cada paciente que es, además, un sistema abierto y complejo que está hecho de algo más que sólo carne y materia.**

En la visión mecánica, fragmentada y sólo fisiologista de la medicina actual, aunque se hable continuamente del sistema inmunitario como el sistema que más se acerca a la respuesta de la totalidad del individuo, el modo de pensar sigue manteniendo una visión mecanicista: los innumerables elementos nuevos descubiertos continuamente, a pesar de ser éstos cada vez más sorprendentes e inimaginables, siguen formando parte de una visión de causa y efecto materialista. Por ejemplo: se considera que un factor “X” es el causante de la emoción “A”, o que un factor “Y” es el causante de una idea, un deseo o una intención “B”.

Es decir, se sigue sin comprender, conocer y aceptar una realidad contundente: **la totalidad unificada de cada ser viviente y su respuesta a la vida en todos los sentidos (la salud, la enfermedad, el sufrimiento y la muerte) está constituida en mayor parte por fuerzas invisibles, no sólo infinitesi-**

males, y que son evidentes sólo por sus efectos. Esta realidad contundente es sistemáticamente excluida, ignorada y, en consecuencia, desconocida.

La vacunación globalizada es la aplicación de un hecho constatado, pero no comprendido, un hecho aplicado con intención y voluntad política dirigida por grotescos intereses, tanto médicos como profanos, manipulando, por ejemplo, “el terror a la enfermedad posible” como una forma de terrorismo hospitalario. Se usan y se aceptan con el propósito de que cumplan lo que deben cumplir, siguiendo el primer ejemplo de Jenner, aunque los resultados nieguen las buenas intenciones, y aunque no se sigan en absoluto los mismos parámetros obligados de aplicación para que sea eficaz, aunque no se sepa por qué.

Por ejemplo: **que la sustancia sea de diversa naturaleza pero produzca los mismos efectos evidentes en el experimentador, en condiciones tales que no se desencadene una agravación mortal.**

Esto, que fue un hallazgo casual, ¿cómo se reproduce hoy y cómo se usa “con certeza” científica?

Hasta el momento en que aparece Samuel Hahnemann, los hechos experimentales en la historia de la medicina, aun cuando ofrecieran un resultado interesante, estaban faltos de encontrar su lugar, es decir, hablamos de insertarse, de formar parte dentro de una serie de leyes y principios organizados que constituyeran el lenguaje, la argumentación necesaria relativa a la enfermedad y la salud del organismo viviente que permitiera comprender su aplicación, significado y sentido en un modo eficaz, claro, exacto y preciso, encontrando el camino cierto para la elección de aquel remedio capaz de desencadenar la reacción curativa en el paciente.

Esto es precisamente lo que descubrió y estableció Hahnemann con toda amplitud en su obra fundamental: *El Organon de la Medicina. Ciencia y Arte de la Curación* (1810) dejando asentados los ocho principios fundamentales de la Homeopatía (ya explicados en la carta IX, publicada en esta misma revista en el número 705, noviembre-diciembre de 2016):

1. El reconocimiento de la fuerza curativa de la naturaleza.
2. La experimentación en el hombre sano.
3. La ley de similitud demostrada.
4. La individualidad morbosa.
5. La individualidad medicamentosa.
6. El dinamismo vital (descubrimiento de la transformación de la materia en vibración informada).

7. La dosis mínima.
8. La predisposición morbosa hereditaria: el miasma.

Pero, ¿qué representa esto para una persona que sufre y siente que necesita sanar? Significa que se llega al conocimiento científico y, por tanto, utilizable en modo sistemático de cómo se debe usar el poder de curar (poder medicamentoso) de cualquier elemento de la naturaleza (vegetal, animal o mineral, así como la energía de cualquier tipo), para que sirvan de verdadero remedio curativo personal y específico frente a cualquier enfermedad y también lo pueda usar el organismo como **vacunación específica**, es decir, como remedio eficaz, preventivo, anticipado, ante una epidemia activa o ante el temor de una epidemia.

¿Cuáles son los pasos?

La sustancia es capaz de reproducir y curar los fenómenos (llamados síntomas), pero para poder asegurarlo **ha tenido que ser experimentada en el hombre sano** con claridad, exactitud y precisión, de manera que se pueda elegir con certeza aquella que sea más semejante en absoluto (*simillimum*) a lo que el organismo enfermo está pidiendo, independientemente de si la causa es una epidemia o un desequilibrio personal. Porque lo que se descubre y demuestra es que “una sustancia medicamentosa es capaz de curar en el paciente sólo lo que ha sido capaz de producir en el experimentador”. Véase el caso de la epidemia del ébola, que corresponde en su mayor parte a un remedio como *Crotalus horridus*.

El médico homeópata debe identificar los síntomas epidémicos con todas sus variantes porque hay muchas formas de padecer una enfermedad. Por ejemplo, en una epidemia de coqueluche o tosferina los síntomas generales conocidos clásicamente son: en principio, flujo nasal, elevación moderada de la temperatura corporal, tos ocasional y pausas en la respiración (apneas), sobre todo en bebés; luego de una a dos semanas de evolución suelen aparecer violentos accesos de tos, rápidos y repetidos, que hacen que los pulmones se queden sin aire y que la persona afectada haga un mayor esfuerzo para respirar, lo cual produce un fuerte silbido. Estos violentos episodios de tos pueden causar vómito y mucho cansancio.

Pero estos síntomas no son exactamente iguales en todas las personas contagiadas, ni iguales en todos los tiempos y circunstancias. Los síntomas más evidentes son iguales y por eso se reconoce el tipo de enfermedad. Pero para un homeópata, las

distinciones son la base del éxito de la curación. Hay que distinguir con claridad, exactitud y precisión la forma de tosferina que se está manifestando en un momento determinado, así como los signos que presenta cada individuo.

Una vez hecha la distinción hay que identificar el remedio *simillimum*, el más similar, que comprende a la totalidad de síntomas generales recogidos del análisis de una gran parte de personas contagiadas. Y este será y actuará como el **preventivo eficaz**, es decir, la vacuna. **El remedio que corresponde al genio epidémico general.**

Sin embargo, dentro de la epidemia cada individuo contagiado en el proceso natural de curación habrá modificado sus síntomas como resultado de su propia personalidad, individualidad, fuerza y vitalidad, edad, etcétera. Es decir, su posibilidad de respuesta biológica, donde el sistema inmunitario es sólo una parte del instrumento vital.

Recogidas todas estas variaciones se podrá identificar el remedio adecuado para cada enfermo y, siguiendo la Ley de Similitud (Ley Universal) y las condiciones ya explicadas, alcanzar la verdadera curación desde el interior del propio enfermo, no sólo la desaparición temporal y falsa de los síntomas.

De esta forma queda bien esclarecido para el mundo médico que sí existe un modo de vacunación científica, donde no hay efectos secundarios, riesgo de lesiones ni reacciones a causa de la toxicidad de la(s) sustancia(s), lo que lleva al enfermo a una verdadera condición de salud de su totalidad como individuo (indiviso). Dicha situación es posible al respetar su condición biológica y el sentido que esa enfermedad tiene para él como inmunidad de frente a las agresiones, no de los gérmenes, sino de la vida.

Es posible porque existe una forma sana, científica y vitalizante de sanar con cada epidemia la enfermedad social de la cual proviene la epidemia, sea por causas ambientales, físicas, morales, o todas en su conjunto.

La Homeopatía es una respuesta curativa, eficaz, científica, metódicamente demostrada y, por tanto, susceptible de comunicarse. Justo por eso ha sido llamada la medicina del hombre, **la medicina de la persona.**

“El Sol es bueno, el Sol da calor... pero, ¿qué más?
¿Cómo me puedo beneficiar de esto?”

Descubrirlo y organizarlo, es lo que llamamos ciencia.